

yo la vuelva á ver... ¡Qué extraña, ó mejor dicho, qué encantadora aparicion! ¡He quedado deslumbrado!

—¡Ah! mi coronel, tened cuidado—dijo Castoret.—Habiendo nacido el mismo dia, debemos tambien morir al mismo tiempo. Os lo he dicho y os lo repito: La profetiza de la emperatriz no se equivoca. Tirad esas rosas, mi coronel; quizás en esa mujer está el peligro. ¡Apostaría á que esas flores ocultan un áspid!

VII

Andreina.

Solignac no hacia caso de las palabras de su compañero. La mirada de aquella desconocida le habia conmovido realmente y halagado un poco tambien, á pesar de que debia estar acostumbrado á aquellos homenajes furtivos de la belleza al soldado que pasa. ¡Habia visto tantos de aquellos lindos rostros asomados á un balcon y que sonreian al regimiento en marcha! Habia recogido por los caminos tantos de esos ramos de flores arrojados por desconocidas al militar en campaña! Y ¡dios! El toque de botasillas cortaba de repente la novela apenas empezada, y cada etapa traia su promesa de amor que cada partida se llevaba.

Ningun caballero errante puede amar sino á la aventura. Solignac no habia dejado nada de su corazon por los caminos. No sembró más que sus caprichos, y el ramo de rosas de aquella mujer no habia sido el único que habia recogido con la punta de su sable.

Pero quizás nunca se habia sentido tan preo-

cupado, tan rápidamente seducido como por aquella extraña joven. Aun pensaba en ella, mientras daba á Castoret sus órdenes para la expedición de la noche.

Solignac no olvidaba, en efecto, que aquella misma noche debía libertar al comandante Riviere.

Dió, pues, sus instrucciones á Castoret. El húsar debía hallarse á una hora fija en el hotel de la Rigaudié; Fournier, el mayordomo de la marquesa, alejado á toda la servidumbre, bajo pretexto de un día de asueto concedido por la señorita de la Rigaudié, como recuerdo de una fiesta de familia, y el anciano servidor, tan correcto, generalmente, se preparaba á vestir la librea de cochero.

Solignac salió del hotel Saint-Fermin, después de haberse quitado el uniforme y haber dejado allí las armas. En aquella aventura no le importaba arriesgar su vida, pero no quería matar á nadie. Lo único que llevaba eran algunas rosas del ramo que le había arrojado la desconocida. Por lo demás estaba plenamente convencido de que la evasión sería fácil.

La cueva del hotel estaba desembarazada; solo un ligero tabique la separaba de los subterráneos del Temple, y los piquetazos de Castoret habían vencido ya aquel obstáculo.

El coronel, alegre como en día de batalla, se dirigió al Palais-Royal, en donde quería comer. El jardín y las galerías no eran ya lo que en tiempo de la Revolución y del Directorio.

A la animación política había sucedido el

barullo más íntimo de una multitud que iba allí para entregarse al placer, no á filosofar y discutir.

El ruido de las botas con espuelas, de los sables que golpeaban los robustos muslos de los oficiales, los ecos de la Bolsa, que estaba allí mientras se construía el edificio que le destinaban, reemplazaban á los gritos de los vendedores de periódicos y á las diarias querellas de Jacobinos y *Muscadins*.

Aquel rincón de París estaba siempre destinado á la especulación, al juego, á la gastronomía, á la moda y al amor fácil.

Todas las divinidades del Olimpo, hablando el lenguaje del tiempo, se daban cita allí. Como codeándose con Mercurio; Pluton sonriendo á la reina de Citera; todas, en fin, excepto Minerva, la diosa de la sabiduría y de la prudencia.

Las tiendas, que hoy nos parecen modestas pero que para entonces eran muy opulentas; los almacenes de novedades, los comerciantes de quincallería, los sastres, los vendedores de pasteles y los ópticos, las modistas y los vidrieros, los restaurants y los cafés, todo lo que formaba el lujo de París, atraían allí á los militares y los desocupados, á los provincianos y á las mujeres *non sanctas*.

Cafés en donde se servía al mismo tiempo un vaso de cerveza y una escena de ventriloquia. Restaurants á *un franco cincuenta céntimos* en donde las insustanciales salsas, se arreglaban, según decían los descontentos, con música agri-

dulce. El café de Foy, cuyos sorbetes eran célebres; el café de la Rotonda; el café de las Mil Columnas; la hermosa *Limonadiere*, cuyo precioso mobiliario y «ricos quinqués» sorprendían á los extranjeros; el café Sabbantino, en donde los oficiales y los elegantes iban á tomar el ponche á la romana tan célebre como el moka del café Lemblin; el café de Chartres, en donde el buen tono había decidido se debía almorzar, como asimismo jugar en el café de Valois su partida de ajedrez; el café de los Extranjeros, que poseía «varios billares y una orquesta», y el café Montausier, vasto, brillante, concurrido, en el que se reunían las gentes de alto copete, las que no iban á la Opera sino á butaca de anfiteatro, que no se calzaban sino en casa de Ashley, á quienes no vestía sino Catel y que no comían sino en casa de Very.

Billiotte, Very y los hermanos Provenzales reinaban despóticamente en el Palais-Royal, como Beauvilliers en la calle de Richelieu, Baloine en la calle Montorgneil, Nicole en el boulevard de los Italianos y Henneven ó Hardivillier en el boulevard del Temple. Un estómago que se preciase de tener buen gusto no podía consumir un manjar algo célebre sino en casa de aquellos reyes de la gastronomía. Todo el siglo XVIII que terminaba y el XIX que empezaba, habían puesto el apetito á la orden del día.

Durante el Directorio se vivía holgadamente porque la gente se sentía revivir; bajo el imperio se continuaba absorbiendo la vida por todos

los poros, porque se ignoraba si al día siguiente sonaría la hora de morir.

Solignac saboreaba la vida plenamente, como se vacía una botella que una mano brutal puede arrancaros de un momento á otro. En aquella embriagadora atmósfera del Palais-Royal, respiraba á gusto y, con el mismo placer, admiraba en el escaparate de Very, las *terrines de foie-gras* de Nera y Strasburgo, los pasteles de Amiens, las piernas de carnero de las Ardenes y los almibares del Baz, que en las galerías y el jardín, las plumas, las telas brochadas y los tejidos transparentes que, en aquella hermosa tarde de julio, dejaban al descubierto con insultante desnudez los brazos de estatua de las mujeres y el nacar de sus hombros.

Quizás también el hermoso coronel, pensaba en la mujer entrevista algunas horas antes, en la mujer del ramo de rosas; aquel ramo lo había partido en dos, dejando la mitad de las flores en el hotel con los tallos bañándose en agua pura y abundante, y le parecía que la otra mitad, la que había colocado sobre su pecho, le quemaba en el lado del corazón, mientras que su perfume, filtrándose á través del traje, subía al cerebro de Solignac como algo de femenino y embriagador.

Pero, por más digna que fuese de las novelas de la señora de Genlis, el coronel era de su tiempo y por lo tanto, tomó asiento con evidente satisfacción ante una de las mesas de Very y recorrió la lista, como hombre á quien los amores no quitan el apetito.

El mantel estaba muy limpio, los cubiertos brillantes, los vinos eran añejos y los manjares escogidos. Solignac comió admirablemente, pero sin dejar de notar como si estuviese impregnado en él, aquel olor á las rosas de la desconocida.

Estaba acabando su comida, oyendo con indiferencia las conversaciones de los vecinos que reían y bebían champagne, cuando se abrió la puerta del restaurant, y entró un hombre vestido con una larga y elegante levita, pero con aspecto de criado, y, después de haber saludado en general, se dirigió particularmente á Solignac, inclinándose con respeto.

Luego, muy cortesmente:

—¿Sois el coronel de Solignac?—preguntó.

—Sí—dijo el coronel.

El hombre inclinándose entonces de nuevo, desabrochó dos botones de su levita y sacó del bolsillo interior una carta, que entregó á Solignac.

El coronel miró primero la esquila sin abrirla y, cosa extraña, le pareció que aquel papel, como el ramo de la desconocida, estaba perfumado con esencia de rosas.

—¿Quién os ha entregado esto?—dijo como si hubiese querido darse la satisfacción de preocuparse un poco de tiempo más.

El portador de la carta no contestó; su sonrisa indicaba que el coronel no tenía más que leer.

Solignac se puso á leer.

El hombre que le miraba, le vió ruborizarse

ligeramente, y sorprendió en sus azules y atrevidos ojos, un rayo de alegría juvenil.

—Está bien—dijo el coronel.

—¿Qué respuesta me dais?

—Que iré.

El otro saludó de nuevo con una cortesía de lacayo y salió grave y lentamente, como un diplomático que acaba de desempeñar una misión oficial.

—Esto es una novela que empieza—pensaba Solignac, leyendo nuevamente el billete amoroso y aspirándolo como para hallar en él, aquel perfume que le embriagaba.

La carta, sin firma, hacía alusión á la revista de aquella tarde, al ramo de rosas arrojado por encima de los schakós de los soldados y recogido con la punta del sable, y la que le escribía—que era la adorable mujer de la plaza del Carrousel—rogaba á Solignac que se hallara, al anochecer, á la entrada de la avenida de los Campos-Elíseos y de la plaza de la Concordia.

Una mujer esperaba allí, dentro de una carretela, al hermoso coronel.

—Verdaderamente—se dijo Solignac—que estaba escrito que yo no tendría tiempo de fastidiarme durante las horas que me separan del momento en que debo trabajar por Claudio Rivière.

Miró su reloj y calculó que aun tenía más de dos horas ante sí; y, pagando su cuenta, se marchó, atravesando el Palais-Royal, concurrido por multitud de paseantes, soldados y mujeres, lleno de carcajadas, alegría, color y vida; lue-

go se dirigió á pie hácia los Campos Eliseos.

La parecia rara aquella cita en la esquina de aquella larga, melancólica y casi desierta avenida. En aquel momento no habia en los Campos Eliseos, mas que jugadores de bolos, errantes, inválidos y enamorados furtivos.

—No quiere que la vean,—se dijo Solignac.

Y entonces se preguntaba cómo la misma mujer se habia atrevido á arrojarle el ramo sobre el cual apoyaba sus labios, como si le hubiese enviado un beso. ¿A qué clase pertenecía? ¿No la habria ya visto Solignac en alguna parte?

Por más que trataba de aguzar su memoria, no recordaba aquel pálido rostro, que pocas horas antes habia visto por primera vez.

El sol desaparecia enrojecido detrás de los árboles de los Campos Eliseos, en el momento en que Solignac atravesaba la plaza de la Concordia, en medio de la cual aparecia, á flor de tierra, la primera piedra, colocada nueve años antes, de una columna dedicada á los ochenta y seis departamentos, y que debia reemplazar á la derribada estatua de la Libertad, que madama Roland habia mirado al subir al cadalso.

La columna proyectada no llegó nunca á tener sino aquella única y silenciosa piedra.

Aquella vasta plaza, en donde tanta sangre habia corrido algunos años antes, inspiraba una melancolía profunda, esa melancolía del crepúsculo en que parece que vuelve el pasado, con todos sus fantasmas, á los lugares en donde se agitaron las sombrías tragedias anteriores.

Solignac no era seguramente un soñador, pero no pudo menos de experimentar un sentimiento de gravedad y reflexion, mientras interrogaba el horizonte de los Campos Eliseos para descubrir en ellos la carretela que buscaba, y que, en efecto, estaba allí detenida á la entrada del paseo, casi desierto.

Un lacayo se paseaba delante de los caballos, mientras que el cochero permanecia inmóvil en el pescante. Solignac no distinguia en aquel momento sino su silueta. Al acercarse vió muellemente reclinada en un carruaje con las portezuelas color verde aceituna, adornadas con un escudo de armas, á una mujer morena y risueña, á la que en seguida conoció.

En cuanto Solignac estuvo á dos pasos de su carruaje, la joven se incorporó y dijo con un ligero acento italiano, ese acento que Byron debia comparar á oleadas de raso brotando de los labios femeninos:

—¡Ah! habeis venido, coronel! ¡Mil gracias!

Y le miró un momento sin añadir una palabra, mientras que el hermoso Solignac, inmóvil examinaba por su parte, sorprendido, encantado y atraído, aquella mujer de veinte años, de una belleza algo aterradora de cuyos ojos, parecia brotar una llama verdosa que recordaba la lívida claridad de los hachones encendidos en los funerales.

Aquellos dos seres tan hermosos, pero de una hermosura tan diferente: él, franco, leal, brillando en su rostro una generosidad ardiente; ella, consumida por una pasión interior concen-

trada é irresistiblemente seductora, parecían estudiarse con la mirada antes de dejar escapar una palabra que pudiera hacer que uno de los dos adivinase al otro. Hubiérase dicho que eran dos adversarios midiéndose con la vista antes del duelo. Y, á pesar suyo, Solignac recordó entonces los terrores supersticiosos y las advertencias de Marcial Castoret.

Al cabo de un instante, sintiéndose incómodo por aquel silencio que se prolongaba, el coronel dijo por fin:

—Decididamente, señora, es la primera vez que tengo el honor y la suerte de veros; ¿me conocíais acaso?

—¿Y quién no os conoce, coronel?—dijo la joven sonriendo.—Pero, no obstante, yo también es la primera vez que os veo; es decir, me equivoco, es la segunda, puesto que este medio día os he visto en el Carrousel, y os confieso que solo por conoceros fui á la revista!

—¡De veras!—exclamó Solignac.

—¡Ah! ya debéis saber que las mujeres somos un poco locas y que todo lo romántico nos atrae. ¡Pues bien! me habían hablado tanto y de tan diversas maneras, coronel, que quise ver al héroe cuyo nombre pronuncian todas las bocas, en los salones de mi patria. Supe que estabais en París, adonde he venido á pasar algunos meses, pues soy italiana, y no ignorando que serias uno de los actores más brillantes de la revista de hoy, fui á ella, pero, no satisfaciéndome el haberos visto á través de una valla de bayonetas, y en el barullo de un desfile, he querido ve-

ros de cerca, y á solas, por cuya razón os hice seguir al hotel á donde fuisteis y al restaurant en donde habeis comido.

Detúvose la joven y fijó en el hermoso Solignac, algo turbado, sus bellos ojos, más cambiantes que las olas, cuyo color tenían.

El coronel miraba al cochero como si no hubiera querido que oyese aquella conversacion.

La desconocida lo comprendió.

—No sabe una palabra de francés—le dijo;—no habla más que el dialecto napolitano.

El coronel quiso sonreirse, pero no pudo.

—¿Y estais satisfecha, señora?—preguntó con voz algo trémula.

Trataba de sonreirse como para burlarse de si mismo, pero, á pesar de todos sus esfuerzos, sentia una impresion profunda, y el olor de las rosas, aquel perfume penetrante, embriagador, amoroso, le embargaba el cerebro, como si toda la atmósfera hubiese estado impregnada de él.

—No solamente estoy satisfecha —dijo la joven con dulzura,—sino que me considero feliz.

Solignac la miró con más fijeza.

—Si, porque veo que todas las quimeras no son falsas y que todos los sueños no tienen terrible despertar. No me comprendéis—dijo la joven fijando su mirada en las pupilas azules, claras y francas de Solignac. ¡Lo concibo! ¿Cómo admitir que una se enamore de un fantasma ó de una sombra? Y no obstante, así ha sucedido. He visto á mi alrededor tantas cobardias y violencias en los hombres, que me llegué á pregun-

tar si no habia ya en el universo un tipo de honor y caballerosidad, como en otro tiempo existieron, y cuando dirigia á alguien esa eterna pregunta, eternamente tambien vuestro nombre se hallaba en todos los lábios y, siempre, como si fueseis el único hombre de corazon de este siglo, me contestaban: *Solignac*.

Entónces me dije, coronel, que amaria á ese hombre, si era realmente tal como le describian, noble, soberbio y altivo, y que si llegaba á amarle, haria que me amára él tambien. ¡Pues bien! miradme, soy jóven, soy hermosa, tengo el alma triste como la muerte, no he conocido de la vida más que lo que la hace repugnante y lo que horroriza de ella: la traicion y la mentira; no pertenezco á nadie, ni quiero pertenecer más que á mí misma; si quereis que una mujer capaz de dar su sangre por el ser querido, sea vuestra como el siervo es de su amo, haceos amar, y decidme si os causa miedo mi amor.

Semejante lenguaje era tan inesperado, tan extraño con sus ráfagas de locura ó embriaguez, que Solignac permaneció un momento sin contestar, contemplando el rostro adorable de aquella mujer, sus lábios de un dibujo tan correcto, sus ojos profundos como el infinito, aquel ser jóven y lleno de amor; luego, como si no pensára lo que decia, en voz baja y cariñosa:

—¿Y por qué habia de tener miedo de ese amor?—dijo.

—Porque mi amor ha matado ya á alguien. ¡Un loco, un necio!—dijo con una especie de desprecio trágico. — Cansada de haber hallado en

el hombre á quien me habia entregado, no un corazon varonil y atrevido, sino una muñeca, le despedí. Entónces armó una pistola y se levantó la tapa de los sesos.

Aquella mujer dijo estas palabras friamente, como la cosa más sencilla del mundo, con un tono siniestro é indiferente.

Al coronel le pareció que el eco de la voz de Castoret llegaba á sus oídos, hablandole nuevamente de la predicción de la señorita Lenormand.

Pero Solignac era de esos á quienes el peligro atrae. Quizás hubiese sonreido y pasado de largo delante de una de esas vulgares aventuras de las que sus dias de campamento ó de guarnición podian haberle dejado más de un recuerdo. Pero, hallando allí, en aquella mujer desconocida, el atractivo de tanta belleza unido á la idea de un peligro posible, sentíase magnéticamente reducido y retenido como por un fluido. Además, nunca habia hallado una hermosura semejante, formada de una elegancia tan embriagadora y tan terrible.

—¿Vos no sois, por lo ménos, de los que se matarian por una mujer?—preguntó mirando frente á frente al hermoso Solignac.

—Sin embargo, hay mujeres por las cuales moriria uno con gusto—repuso él lentamente con su voz varonil.

El coronel estaba recostado en la portezuela de la carretela y como si hubiese estado solo con aquella desconocida (el lacayo en verdad se hallaba léjos) se inclinaba hácia ella, mientras

que, con el codo apoyado sobre los almohadones y el brazo desnudo adornado en la muñeca de un círculo de oro representando una serpiente con escamas flexibles, la jóven se acercaba tanto á él que sus verdosas pupilas quemaban por decirlo así, los ojos de Solignac y su aliento acariciaba el rostro del soldado.

A lo léjos, acordes musicales parecían llegar á través de los árboles, á morir junto á aquellos dos seres perdidos en la soledad de aquella vasta plaza y en el crepúsculo que, por momentos, iba haciéndose más oscuro. Eran las orquestas de los cafés, del callejon de la Estrella, en donde se bailaba los domingos y aquel día á causa de la revista en honor del ejército de Wagram.

—No me he engañado—dijo la joven—sois tal como me habian dicho. ¿Podré contar con vuestra adhesion y vuestro valor?

—Vamos—dijo Solignac tratando de recobrar el tono burlon que tan bien le sentaba—veo que teneis un enemigo que no piensa concluir con el suicidio y buscáis alguien que...

—¡Un *bravo!*—repuso la joven adelantando desdeñosamente el labio inferior.—Los *bravos* existen de sobra en todos los paises, y si yo tuviera que vengarme de alguien, no hubiera pedido socorro á un héroe. No tengo que vengarme de nadie, no tengo que vengarme más que de la vida. Creada para amar y ser amada, no he hallado, os repito, más que gentes que han mentido ó han tenido miedo... A esos los desprecio, y os he buscado porque os amo.

—¿A mí?—dijo Solignac.

—A vos, que teneis en la mirada, en el aspecto y en la voz todo lo que constituye el amor, todo lo que nosotras buscamos y amamos: la ocasion de *arrastrarnos y ser esclavas*. ¡Ah! ¡qué voluptuosidad más grande la de ser la más débil! ¡Qué delicioso estremecimiento el del terror! ¡Ser dominada en vez de pasar la vida dando valor y reanimando los cobardes corazones que se abaten! Mirad, tengo veintidos años y siento en mi toda la amargura de una existencia de centenaria.

Me he criado en la desgracia; he tenido en vez de madre—que habia muerto,—una aya vieja y vil, Apolonia, una de esas mujeres que venden sus á hijas y corrompen á las de los demás; he tenido por primeros espectáculos las locuras de una corte insensata. Siendo napolitana, á los quince años mi nombre me llamaba al lado de mi soberana, y allí, entre aquel barullo de cortesanos y cortesanas, fué donde aprendí lo que era la primera sonrisa y el primer amor. Si es tal como yo lo he aprendido, es horrible.

Pero no, yo no he conocido sino el espectro de ese amor soñado, deseado, perseguido. Mi padre era marqués, coronel, y no obstante, la reina se divertia en mostrar mi belleza en esos cuadros vivos que presentaba á la vista de su esposo, ó con que lady Hamilton divertia las miradas del almirante Nelson. ¡Puch!

¿Comprendeis por qué, despues de haber sido victima de esa educacion, de ese ambiente en que la corrupcion se infiltra como la *malária*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONDO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

en los pantanos, tengo la nostalgia del valor y de la audacia y porque soy capaz de entregarme en cuerpo y alma al hombre en quien encuentre esa altivez de alma, esa fuerza moral que no he hallado jamás?

Debeis creerme loca—dijo, cambiando de tono;—os estoy contando mi vida, á vos, á quien hablo por primera vez. Pero á nosotras las italianas es menester tomarnos tal cual somos, y figuráos que nos hemos encontrado en un baile de máscaras en San Carlos ó en la Ópera. Además, ¿puede uno acaso detenerse en los prefacios cuando la muerte reina en todas partes? ¿Quién sabe si la mujer que ahora está hablando con un soldado, será mañana desterrada de París á la misma hora en que vos partireis al galope de vuestro caballo en busca de las balas enemigas?

Aquellos tiempos de vida rápida y como instintiva habian suprimido efectivamente en las comedias humanas lo que llaman en los teatros *los parlamentos*. La revolucion y el imperio fueron la época de las acciones rápidas y de los desenlaces repentinos. El amor caminaba á paso acelerado y los corazones se arrebatában á la bayoneta en una contradanza ó un vals, y no obstante, el hermoso Solignac estaba sorprendido de la aventura que se le ofrecia bajo una forma tan inesperada, tan inquietante y al mismo tiempo tan llena de promesas.

Semejante entrevista misteriosa y furtiva á la luz de las estrellas que aparecian ya sobre el azul oscuro del cielo, no tenia nada de vulgar.

Solignac, encantado, distinguía vagamente á través de la oscuridad que iba envolviéndola, el cuello perfecto, los hombros de elegantes curvas y el talle de aquella mujer, cuyos ojos continuaban fijos en los suyos; el coronel, seducido y conquistado, olvidaba poco á poco, cual si algun narcótico hubiese adormecido su memoria, al prisionero, que en aquel instante contaba los minutos por los latidos de sus arterias.

—De modo, que me perdonas esta locura, ese instinto de vuestra superioridad que me ha impellido hácia vos; ?—decia la joven.

—¿Qué importa la causa que nos reúne? Sois hermosa, y os amo—contestó Solignac.—¡Seais lo que querais, soy vuestro!

—Pronto os diré quién soy.

—¿Pronto?

—Sí, mañana, si el destino lo quiere.

—¿Mañana? ¡Oh! ¡qué terrible palabra! ¿Por qué no esta noche? ¿Por qué no en seguida?

—Porque quiero que penseis en mí, preguntándoos: «¿Quién será?» Lo desconocido es mucho, es á veces el todo en amor.

—Y cuando sepa vuestro nombre—dijo Solignac—¿tendré acaso mucho adelantado? Además, ya lo sé, ya conozco vuestros nombres, os llamo la belleza, la seducción y la juventud.

—¡Luego dirán que unicamente los italianos saben componer madrigales!—dijo la desconocida riendo—Pero ya vereis que á pesar de ser tan extranjera, soy de las vuestras, coronel, y digna de comprender vuestros actos de herois-

mo. Mi hermano, si no lo han matado, es militar tambien como vos.

—¿Militar?

—¡Oficial en vuestro ejército... ó muerto! ¿*Qui lo sa?*

—¡Militar!—repitió.

Aquella sola palabra acababa de romper bruscamente el encanto y su pensamiento se trasladó rápidamente á la cárcel del Temple y al hotel de la Rigaudie. Incorporóse con un movimiento instintivo, cual ante un deber, y mirando al cielo, como para averiguar en él si estaba muy avanzada la noche:

—Señora—dijo con cierta emocion que no era general en él,—la hora que acaba de pasar habrá sido una de las más felices de mi vida! Pero los más bellos rayos son los más rápidos, y yo debo alejarme. Mas permitid que me lleve dos cosas: una promesa y un nombre... vuestro nombre de mujer, no el otro, que poco me importa, sino ese que se murmura al oido cuando los labios están unidos como los corazones!

La italiana se sonrió encantada, pero luego dijo algo sorprendida:

—¿Os vais?

—Seguramente.

—¿Por qué?

—¡Porque es preciso, señora!

—¿De veras? ¿Y si yo os rogara que os quedarais un poco más? ¿Quién sabe si nos volveremos á ver?

—Os diría suspirando: ¡Adios ó hasta la vista señora... y me marcharía!

—¿De veras?—dijo la jóven.

Luego, apoyando su mano en el brazo del hermoso Solignac, con su voz acariciadora y musical:

—¿No habeis comprendido — murmuró, — que las mujeres como yo arrojan su alma entera en un ramo ó en una sonrisa?

—Esas rosas están aquí — dijo Solignac señalando su pecho—y su perfume me quema; esa sonrisa no saldrá de mis ojos y la veré siempre, aunque cierre mis párpados; pero aunque la sonrisa fuese eterna y las rosas no debieran marchitarse jamás, arrojaría las flores al viento y la sonrisa al olvido para ir esta noche á donde debo.

—¡*Santa Marta!* — dijo la italiana retirando su mano.—Bien habia yo adivinado. ¡Ese es un hombre!

—¡Pues bien—añadió,—id á donde querais! Si la casualidad nos reune nos volveremos á ver.

—¿La suerte? ¿La casualidad?—dijo Solignac.

—¿Por qué no vuestra voluntad?

—Porque... ¿quién sabe? tal vez convendria más no volvernos á ver.

La jóven suspiró.

—Hace poco me preguntábais si tenia miedo —dijo Solignac.—¿Acaso temblaríais vos?

—¿Yo? ¡Qué locura!

Envolvióse en su chal, y alargando la mano al coronel:

—*Adio*,—le dijo.

Solignac besó aquella mano pequeña y ner-

viosa y luego, mirando á la desconocida fijamente:

—No, *non addio*,—la contestó,—*já rivederci!* Despues, sonriendo y con tono de dulce súplica:

—Hay hadas menos bonitas que vos, que reunen á los que se aman,—añadió el coronel.—Espero que vos no sereis más cruel que ellas? La italiana no contestó.

—A lo menos,—dijo Solignac,—si no me concedéis esa promesa que yo sepa el nombre que deseo!...

—¿Y qué os importa mi nombre?

—¿Qué le importa al que cree, el nombre de la divinidad á quien dirige su plegaria?

—Puesto que lo deseais—dijo la desconocida,—¡pero pensad que quizás es el nombre de una mujer á quien no volveréis á ver!

—Razon de más para que sueñe con ella

La frase era casi insolente, pero Solignac la dijo con tono tan cortés y apasionado que parecia una espresión de amor.

—¡Pues bien,—repuso la joven,—me llamaba Andreina para el que murió, y para la corte de Nápoles me llamo la marquesa de Olona. Para vos, si tuviera que escoger un nombre, seria, el amor que pasa,—y que quizá habreis dejado pasar!

Luego llamó al lacayo:

—¡Al hotell!—dijo en italiano.

Miróla Solignac por última vez. Los caballos partieron al galope hácia la Magdalena, sin acabar aun, y de la que Napoleon queria hacer

entonces un templo de la gloria. El coronel distinguió todavia un momento la vision que se alejaba, luego, carruaje, caballos y aquella mujer inexplicable, todo desapareció en la oscuridad.

No le quedaba al coronel, como él habia deseado, más que un nombre y el recuerdo de aquel primer capítulo de una novela que quizás nunca tuviera fin.

—¡Andreina!—dijo—¡El nombre es precioso y la mujer bellissima! Al decir *addio*, ¿lo pensaba realmente? ¡Bah!—añadió el hermoso coronel.—La felicidad y el placer son cosas divinas de saborear, pero aun es mejor el cumplimiento del deber. *¡Fra poco, Andreina!* ¡Vamos á salvar al comandante Riviere!